

Sudáfrica: nueva criatura

*P*ESE a las dificultades, se llegó por fin, a la primera elección total y libre en Suráfrica para la conducción política de una sociedad multirracial de características singulares. La vida de esta sociedad a lo largo del último medio siglo (desde el final de la Guerra Mundial) ha sido mucho más densa de lo que expresan el fenómeno del «apartheid» —felizmente marginado—, y las elecciones que dan pie a este comentario editorial. Pero son precisamente estos acontecimientos los que constituyen noticia y, por ello, la aproximación al problema de Suráfrica tiene que partir de este «antes», radicalmente injusto, y del presente «después», lleno de interrogantes.

El alucinante ejercicio de soberbia racial llamado «apartheid», (separación o apartamiento), se consolidó (pues había ido fraguándose desde principios de siglo) en 1949, es decir, cuatro años después de terminada la guerra, a cargo de un grupo de surafricanos blancos, de mentalidad nacionalista extrema, y no sin conexiones con el nazismo alemán.

En virtud de él, la minoría blanca, apenas cinco millones, obligaba a la mayoría negra o mestiza, de diversas razas y pueblos (xhosa, zulú, sotho, tswana...), ca. 34 millones, a permanecer apartada de la **convivencia** con los blancos, no así de su **servicio**. Teóricamente, se disponían para la gente

no blanca unas rígidas normas de comportamiento. La injusticia y la humillación hirieron desde el primer momento la dignidad esencial del negro, y vinieron a añadirse al sentimiento de latrocinio que las diversas tribus experimentaban desde la dominación inglesa —más que de la boer—, y su conflictividad con el pueblo zulú. Esta minoría blanca inferior al 20 por 100 detenta el 80 por 100 de la riqueza nacional. El resto se lo reparte la mayoría negra en sueldos miserables procedentes del trabajo en las minas o en los servicios.

YA es muy notable que desde el supuesto primitivismo de la mayoría negra tuviera su origen la organización llamada Congreso Nacional Africano (ANC), en fecha tempranísima —8 de enero de 1912—, con un carácter de moderación y de aspiración a la sociedad multirracial que no ha perdido ni siquiera en la adversidad su ilegalización en los últimos 30 años (1960-1990).

Desde entonces, son incontables los incidentes de esta sorda lucha llevada a cabo entre los racistas y los pueblos negros, como son también difíciles de calcular las víctimas que han producido en estos últimos las crueldades y arbitrariedades de los gobiernos blancos y la policía secreta.

*Algo que difícilmente puede evaluarse a menos de que esta historia se siga con detalle es su **progresividad**, que ahondó los problemas. El «apartheid» se definió ya en toda su crudeza en las elecciones de 1948. A partir de entonces, el partido nacionalista fue endureciendo el corsé legal que limitaba la relación de blancos y negros —siempre en perjuicio de estos últimos— hasta extremos que hacen enrojecer. No vamos a enumerarlos con peligro de reiteración innecesaria. Pero a medida que el Partido Nacionalista iba ganando en número de escaños (73 en 1948, 94 en 1953, 103 en 1958, 126 en 1966), la legislación contra los negros daba también una vuelta de tuerca para afianzar la «supremacía blanca».*

Relegación de las poblaciones a inmundas reservas, prohibición de matrimonios mixtos, de profesiones «blancas», de participación política..., etc. Entre 1966 y 1978, bajo el

látigo de B. Vorster, se hubiera dicho que el «apartheid» era prácticamente indestructible.

Correlativamente, la resistencia antirracista se fue endureciendo, incluso entre muchos blancos. Pero el ANC —en su línea de no violencia— emprendió múltiples acciones coordinadas para debilitar la línea nacionalista. 1952 y 53; 1957; 1960, fueron los hitos de esta protesta que en vez de diálogo obtuvo solamente los disparos mortales de la policía surafricana en Sharpeville, Ciudad del Cabo y otros puntos.

***EL** resultado más sensible de todas estas perturbaciones fue la ilegalización del ACN y el encarcelamiento de sus líderes —entre ellos la matanza de Soweto en 1976 y otros disturbios muestran el negativo efecto de la dureza racista ante la voluntad imparable del pueblo negro de conseguir la equiparación total. Se ha aducido con acierto una frase de Tocqueville acerca de la Revolución Francesa, que tiene también aquí su aplicación: «**Después de haber padecido el agravio tan largamente que no parecía tener remedio, se convirtió en intolerable cuando la posibilidad de sacudírselo se encendió en la mente de los agraviados.**»*

Pero el anacrónico racismo estaba tocado por su propia injusticia. Enemistada con los nuevos estados independientes de Africa, condenada por la ONU ya desde 1948 y por el Consejo de Seguridad en 1960, nuevamente por la Asamblea General en 1962 y por el Tribunal Internacional de la Haya en 1971, y progresivamente por todos los países, Suráfrica permaneció al margen de la convivencia internacional hasta que en 1989, de las propias filas del partido nacionalista en el poder surgió un hombre, Frederick de Klerck, que con mayor sentido de la realidad que sus duros antecesores,

Vorster y Pieter Botha, comenzó trabajosamente a dismantelar el «apartheid». Más de 30 organizaciones políticas proscritas, entre ellas, naturalmente, el ACN de Nelson Mandela, fueron rehabilitadas, y en 1990 comenzaron las negociaciones para lo que ahora hemos vivido. Es una historia ya muy conocida desde los últimos meses.

Una vez dado, a pesar del sabotaje de los perdedores, el gran paso electoral, la realidad a la que se enfrenta ese país de 39 millones de habitantes es desconcertante y angustiosa por la envergadura de sus problemas. Va a ocurrir con Suráfrica algo de lo que hemos experimentado con el hundimiento de la Unión Soviética. La situación anterior era mala, injusta, inicua y un baldón de la humanidad. Pero el resultado de su eliminación, más que un alivio, es un pantano lleno de trampas.

No vamos a cansar al lector con muchas cifras. Pero sí con algunas. La población negra necesita 7 millones de viviendas tan modestas como se quiera, que sustituyan a los poblados de latas y chabolas. Necesita energía eléctrica básica y agua para 23 millones de personas, y unas cincuenta mil (50.000) escuelas no sólo para los niños sino para enseñar a leer prácticamente los 2/3 de la población. Pero además se necesita un denso y gigantesco programa de inversiones que al mismo tiempo que dé trabajo prepare la infraestructura del país para un futuro que la población actual, excepto tal vez los más jóvenes, probablemente no llegará a disfrutar.

Y todo esto habrá que empezar a llevarlo a cabo venciendo los coletazos de la violencia extremista, alentando el juego político de poder y oposición, creando los cuadros de una burocracia inevitable, conviviendo con la innata tendencia a la corrupción que es patrimonio de los poderosos que se estrenan, buscando ayudas internacionales que se administran, a buen seguro, con cicatería.

La nueva situación, además, va a poner en marcha un proceso de configuración política de nuevo cuño y marchamo democrático que inevitablemente exige la transformación de las mentes. Porque —y esto puede que sea lo más grave— aunque el «apartheid» legal ha desaparecido, sigue vivo y sensible el «apartheid» psicológico. El abismo emocional abierto entre blancos y negros no puede ser superado de un día para otro. Los 13.000 asesinados (casi exclusivamente negros) desde que la ilegalización del ANC fue levantada en 1990, y los atentados terroristas pre y postelectorales, no dejan ver un horizonte nacional precisamente rosado.

Sin embargo, bajo el movimiento liberador que aunque tarde ha alumbrado la nueva situación, hay una enorme carga de ilusión y una aceptación del desafío previamente conocido. Hay una población jovencísima (el 37 por 100 menor de 16 años) y la necesidad cotidiana de trabajar y de comer, esperemos que ya sin sobresaltos, que agudiza el ingenio y el deseo de triunfar. El resultado de estos y otros caracteres positivos se verá solamente dentro de diez, quince, veinte años, cuando la nueva generación de negros y blancos trabajando codo con codo haya adquirido la conciencia colectiva que necesita el nuevo país. Con todos sus problemas, quizá no haya en todo el continente africano ningún otro que integre junto a la ignorancia y la miseria, un cuerpo social tan instruido y organizado como el de la población blanca surafricana. Los resultados electorales han puesto de manifiesto que si bien algunos grupos se han dejado llevar por el pánico y han emigrado a otros países presuntamente más favorables, la mayoría ha preferido afrontar el problema de la nueva convivencia.

EL caso de Suráfrica se inscribe en un marco insuficientemente apreciado de progresos que, pese a las apariencias contrarias, la humanidad va consiguiendo.

Más que nunca puede decirse que el mundo, en aquellas lejanas latitudes y en otras más próximas, está con dolores de parto. Una nueva civilización, con sus luces y sombras, será el fruto de esta dolorosa gestación. Los acontecimientos no permiten celebrarlo con ruidosa alegría pero, en el fondo, dejan entrever una aurora de esperanza.